

**DOMINGO DÉCIMOCTAVO DESPUES
DE PENTECOSTES.**

A la simple lectura del evangelio del presente día, se descubren los fundamentos de tres asuntos muy útiles al pueblo, que son: la blasfemia, el juicio temerario, y la tibieza en el servicio de Dios.

El primero se funda en aquellas palabras: Et ecce quidam de Scribis dixerunt intra se: Hic blasphematus; y se propone así: «Habiendo Jesucristo llegado á Cafarnaum, pequeña población de Galilea, entre los varios enfermos que se le presentaron para que los curase, hubo uno cuya curacion, por razon de las particulares circunstancias que la acompañaron, nos refiere históricamente el evangelio. Era un hombre atacado de perlesia, y tan lastimosamente afectado de esta enfermedad, que no pudiendo valerse de sí mismo, fue menester que cuatro hombres le tomasen en una litera, y le presentasen al Salvador. Viéndole el Salvador en estado tan lastimoso, y descubriendo en su alma una gran confianza y una muy viva fe, le dijo estas palabras: Confa, hijo mio, que tus pecados te son perdonados. No bien oyeron esta expresion algunos escribas que estaban allí presentes, dijeron dentro de sí: Este hombre blasfema: Quidam de Scribis dixerunt intra se: Hic blasphematus. Muy precipitados anduvieron en calificar de blasfemia aquella expresion, pues si lo hubiesen pensado mejor, habrian visto que, siendo Jesucristo Dios verdadero, tenia au-

toridad para decir: Tus pecados te son perdonados. Pero si en esto no acertaron, al menos dieron á conocer que comprendian la blasfemia, y la miraban con horror. Pluguese á Dios, cristianos, que en esta parte imitáseis todos á los escribas, y que, como ellos, miráseis la blasfemia con todo el horror que se merece. Mas ¡ay de mí! la facilidad y frecuencia con que se blasfema, da bien á conocer que no se comprende ni la naturalidad de este delito detestable, ni cuánta es la malicia que encierra, ni cuáles son los castigos que atrae. Si hoy me prestaís atencion, lo aprenderéis perfectamente, pues vengo á explicarlo con precision y claridad.»—Tómese ahora la plática que está puesta en el tomo 2.º del Catequista orador, pág. 60.

El asunto sobre el juicio temerario se deduce del texto: Cùm vidisset Jesus cogitationes eorum, dixit: Ut quid cogitatis mala in cordibus vestris? y se le da la siguiente introduccion: «¿Por qué pensais mal de mí dentro de vosotros?—Esta fue, cristianos, la contestacion que Jesucristo dió á algunos escribas malintencionados, que en su interior le acusaban de blasfemo, porque le oyeron decir á un paralítico, que le perdonaba sus pecados. ¿Quién puede, decian ellos para sí, perdonar los pecados sino Dios? Este hombre blasfema, pues se atribuye un poder que solo Dios tiene. Pero Jesucristo, que penetraba lo que estaban diciendo en su interior, les reprendió el juicio temerario que hacian de él, diciéndoles: ¿Por qué pensais mal de mí? Ut quid cogitatis mala in cordibus vestris? ¿Por qué he dicho á este paralítico, que le perdono sus pecados?... Para que veais cuán infundado es vuestro juicio, dignaos contestar á esta pregunta: ¿Qué suponé mas poder, decir á un hombre: yo te perdono tus pecados, ó decir á un paralítico como el que aquí veis: Levántate sano? Es claro que quien tiene poder para curar repentinamente á un paralítico, lo tiene tambien para perdonar á un pecador; pues que

«tanto lo uno como lo otro suponen un poder infinito. ¿Y dudáis vosotros de que yo pueda curar de repente á este paralítico? Pues escuchad, y ved.—Paralítico, te mando que al momento te levantes, y te vuelvas sano á tu casa.—Dicho, y hecho: el paralítico cobró repentinamente la salud, y aquellos maliciosos quedaron avergonzados. Esta historia nos enseña, que no hemos de ser fáciles en juzgar á nuestro prójimo, y que nunca hemos de pensar mal de él sin muy fundado motivo. Que si luego interpretamos en mal sentido sus acciones, incurrirémos en el pecado que se llama juicio temerario, y que Dios nos tiene severamente prohibido en el octavo precepto del Decálogo. Para que tengais una exacta idea de este pecado, y os animeis á huirlo, vengo á explicar tres cosas acerca de él: su carácter, su malicia y su origen.»—En seguida se dirá la plática que se halla en la pág. 227 del tomo 2.º del Catequista orador.

La tibieza espiritual.

Et ecce offerebant ei paralyticum
jacentem in lecto. (Matth. ix, 2).

En Cafarnaum, pequeña ciudad de Galilea, habia un hombre atacado de una perlesía tan completa, que habia perdido el uso de todos sus miembros. Hallándose en tan deplorable situacion, supo que el Salvador habia llegado á su país; y deseoso de recobrar la salud, suplicó á sus domésticos que, ya que él no podia ir por sí mismo á encontrarle, le tomasen en una camilla, y le presentasen á él. Hiciéronlo en efecto, y no bien estuvo á la presencia de Jesucristo, cuando mereció oír de su boca esta expresion: Paralítico, levántate de la camilla en que yaces, y vuélvete sano á tu casa.

¿Qué significa, fieles, la perlesía de que estaba afectado

aquel infeliz vecino de Cafarnaum? Segun el sentir unánime de los sagrados expositores, es la imágen de cierta enfermedad espiritual de que adolece un gran número de cristianos, la cual suele calificarse con el nombre de *Tibieza en el servicio de Dios*. En efecto: entre la perlesía corporal y la tibieza en el servicio divino hay tanta analogía y semejanza, que la una parece el tipo de la otra. ¿Qué es un paralítico en el cuerpo? Es un hombre, si puedo expresarme así, la mitad vivo, y la mitad muerto. Vivo, porque come, siente y vegeta: muerto, porque no tiene accion ni movimiento. Vivo la mitad, porque aun no ha llegado á morir: muerto la otra mitad, porque está en riesgo inminente de quedar sin vida. ¿Y no es esto mismo en el órden sobrenatural un cristiano tibio en el servicio de Dios? Sí: él está en parte vivo, y en parte muerto: vivo en parte, por la gracia de Dios que supongo conserva; en parte muerto, por el peligro próximo en que está de perder la gracia. Él conserva todavía la gracia, verdad es; pero tan enflaquecida por la enfermedad de la tibieza, que casi puede decirse que agoniza y está moribunda.

Cumple á mi deber, fieles, emplear todos los medios de que dispone el ministerio pastoral para reanimar vuestro fervor, y hacer que desaparezca esa tibieza en que muchos vivís en todo lo que atañe al servicio de Dios. Al efecto, vengo á manifestaros tres cosas: 1.ª qué cosa sea la tibieza de que tratamos: 2.ª qué peligros corre el que vive en ella: 3.ª qué medios hay para quitarla. Os advierto que, aunque la materia parece toda mística y ascética, y solo propia para tratarse entre gente de perfeccion; interesa generalmente á todos cuantos desean sinceramente salvarse.

¿Qué es, pues, la tibieza en el servicio de Dios? Hé aquí una pregunta que, si yo no la contestase con términos muy

exactos y precisos, podria dar lugar á grandes yerros y á muy lamentables equivocaciones. Antes que todo, advierto en obsequio de las personas de conciencia asustadiza, que no se ha de confundir la tibieza culpable que el cristiano mismo se forma, con la sequedad provechosa que Dios á veces le envia; porque son cosas muy distintas. Hay personas que, porque no experimentan ningun sabor en las cosas espirituales, se agitan y alarman, creyendo ya hallarse en el fatal estado de la tibieza. Que se tranquilicen las tales personas; porque si no tienen otro motivo para temer que la falta de gusto sensible, su temor es sin motivo y sin fundamento.

Sé que la sequedad y la tibieza se asemejan en algo, y es que así en la una como en la otra falta el gusto espiritual, y esta es la causa de que muchas veces se equivocan y se confunden; pero si bien se mira, hay entre ellas una diferencia esencial, y es, que en la sequedad, faltando el gusto sensible, no falta la voluntad, antes esta se muestra muy diligente y activa en practicar todo lo que es del agrado de Dios: al paso que en la tibieza faltan ambas cosas, la voluntad y el gusto, siendo el hombre negligente y descuidado en hacer aquello que conoce quiere Dios de él. No es, pues, el gusto sensible lo que se debe mirar para conocer si se está en la tibieza ó no, sino la voluntad. ¿Hay voluntad verdadera de agradar á Dios? Entonces el disgusto que se experimenta no es mas que simple sequedad. ¿No hay la tal voluntad? Entonces es tibieza verdadera.

Mas para que se comprenda mejor la diferencia que hay entre un cristiano que se halla en estado de simple sequedad, y otro que ha caido en la tibieza, voy á dibujar el cuadro del uno y del otro. El que se halla en estado de precisa sequedad, teme sus faltas, aunque leves, las evita cuanto buenamente puede; y si por descuido ó fragilidad comete alguna, se hu-

milla, se arrepiente, y resuelve ir en adelante con mas tiento y circunspeccion: el que ha caido en la tibieza, por el contrario, comete las faltas con frecuencia, con todo conocimiento, con frescura y tranquilidad; y si bien no se atreve á culpas que ofendan gravemente á Dios, le importa poco cometer las que le disgustan levemente, y no comprometen abiertamente su propia salvacion. El que se halla en estado de pura sequedad, teme ser abandonado de Dios, está ansioso por su salvacion, sufre grandes inquietudes y ansiedades; y por mas que su conciencia no le reprenda de cosa grave, no sabe persuadirse que vive en gracia: al contrario, el que ha caido en la tibieza, descansa tranquilo, se cuenta seguro, no pasa cuidado alguno de su salvacion; y aunque su conciencia se muestra alguna vez un poco alarmada, él se asegura diciendo, que todo va bien, y no hay de qué temer. El que está en simple sequedad, hace todo el bien que buenamente puede, no obstante el poco ó ningun gusto que siente al hacerlo: si puede hacer una comunion, la hace; si puede asistir á una funcion, asiste; si puede tener un rato de oracion, lo tiene. El que ha caido en la tibieza va al revés: se limita á hacer lo que es de riguroso precepto, de aquí ordinariamente no pasa. Todo lo que es de puro consejo, todo lo que se dice obra de mayor perfeccion, lo huye como si fuese un pecado, diciendo con frase no menos tonta que atrevida: á Dios ni darle, ni quitarle.

Esta es, fieles mios, la verdadera pintura del cristiano tibio: pintura tristísima, como veis, y que da sobrado motivo para sospechar, ó que está ya en el camino que conduce á la perdicion, ó que al menos está muy cerca de emprenderlo. Digo que hay motivo para temer que ha entrado ya en el camino de la perdicion, y estoy cierto que no exagero. Ya sé que el tibio, precisamente por serlo, no suele cometer pecados

que sean evidentemente mortales; pero sé tambien que para perderse no hay necesidad de cometerlos: porque hay una clase de pecados graves de los que el hombre apenas se percibe, y que, sin que él lo advierta, le conducen al infierno. Estos son aquellos pecados ocultos de que tanto temblaba el profeta David, y de los que con vivas instancias pedia á Dios el perdon: *Ab occultis meis munda me*¹. Estos son aquellos pecados desconocidos que obligaron al Sábio á decir, que hay un camino, esto es, un tenor de vida, que al hombre le parece recto y justo, pero que al fin le conduce á la muerte eterna: *Est via quæ videtur homini justa: novissima autem ejus deducunt ad mortem*². ¿Y quién nos prohíbe sospechar que en el corazón del tibio hay oculto alguno de estos monstruos, tanto mas terribles cuanto menos declarados? ¡Ay! que todo induce á creer que el tal monstruo realmente existe. Cuando vemos que una persona está macilenta en el rostro, flaca en los miembros, lánguida en todo el cuerpo, ¿no deducimos de esto que tiene algun mal secreto que sordamente le va gastando la naturaleza, por mas que ella diga que va bien en la salud, y que nada le duele? Pues viendo al tibio macilento en la virtud, débil en la piedad, lánguido y sin fuerzas para todo lo que atañe al servicio de Dios, ¿qué hemos de presumir, sino que tiene algun pecado grave que ocultamente le trabaja el alma?

Mas supongamos que este cristiano tibio está libre de todo pecado mortal, y conserva todavía la gracia y amistad de Dios. ¿Por cuánto tiempo conservará él esta gracia y amistad, si no sacude pronto la tibieza? ¿Es de esperar que su voluntad, acostumbrada á entregarse libremente á todas las faltas que reputa por leves, sepa contenerse siempre dentro

¹ Psalm. xviii, 13. — ² Prov. xiv, 12.

la línea que divide el pecado venial del pecado grave, de modo que nunca la traspase, ni jamás salte la barrera? ¿Es de presumir que Dios, viéndose tratado de él con tanta indiferencia y menosprecio, le vaya sosteniendo siempre con su gracia, para que nunca llegue á dar el salto mortal? ¿Quién sabe si el día menos pensado su flaqueza voluntaria le conducirá mas allá de lo que él creyera? ¿Quién sabe si Dios, cansado de tanta infidelidad y desden, dejará de sostenerle cuando él menos lo presuma, y le permitirá alguna de aquellas caídas lamentables que, haciendo rodar de un abismo á otro, tienen un fin trágico y desastroso? Lo cierto es, que en este estado de tibieza, así como el hombre no tiene por Dios mas que frialdad é indiferencia, Dios no tiene por el hombre mas que indiferencia y frialdad; así como el hombre comienza á huir de Dios, Dios por su parte va retirándose del hombre. Y es cosa ya sabida, que cuando dos amigos llegan al caso de mostrarse indiferencia, de disgustarse el uno del otro, de ir cada uno por su lado, están muy próximos á reñir.

Y que Dios se aparta y disgusta del cristiano tibio en su servicio, es cosa que él mismo la testifica en los Libros santos. Ojalá, dice á un tibio en el Apocalipsi, ojalá que fueses, ó bien fervoroso ó bien frio en servirme: *Utinam frigidus esses, aut calidus*¹. Pero porque no eres ni frio ni fervoroso, sino tibio, ¿sabes qué haré? te arrojaré de mí, del mismo modo que se arroja el vómito: *Sed quia tepidus es, et nec frigidus, nec calidus, incipiam te evomere ex ore meo*. Palabras espantosas, cristianos, que declaran todo el asco y horror con que Dios mira á una alma resfriada en su amor y servicio. Te arrojaré, dice, como se arroja el vómito. ¿Qué mas pue-

¹ Apoc. iii, 15.

de decirse?... Preciso es advertir aquí, que estas palabras pavorosas solo las dirige Dios al cristiano indolente que está como de asiento en la tibieza, sin querer levantarse de ella; no al que despues de un intervalo mas ó menos largo de flojedad y disipacion, vuelve á servirle con nueva fidelidad y fervor, sacudiendo la tibieza por los medios que ahora diré.

El primer medio que ocurre para levantarse del estado de decaimiento y frialdad espiritual, es considerar bien el gran peligro que se corre mientras se vive en él. Es imposible que quien lo considere con detencion, no sacuda pronto su descuido y negligencia, y no vuelva luego á su primitivo fervor. Vosotros debeis convenceros de que no es dable permanecer mucho tiempo estacionados en vuestra tibieza, sino que necesariamente habeis de hacer un movimiento, ó hácia Dios hasta recobrar vuestro fervor primitivo, ó hácia el demonio hasta caer en pecado. ¿Veis una nave puesta en medio de un impetuoso rio? No puede estar parada: ó va adelante, ó vuelve atrás: ó sube forzando la corriente, ó retrocede llevada del impulso de las aguas. Esta nave sois vosotros, cristianos: os hallais entre el bien y el mal; debiendo necesariamente acercaros á uno de estos dos extremos. Estar así parados, sin avanzar ni retroceder, no es posible, no os es dable. Ó subir, ó bajar: ó adquirir nuevos grados de virtud y fervor, ó perder los adquiridos, y paso á paso ir á dar una caida espantosa. Y si la dais... ¡ah! si la dais, difícil os será levantaros; porque, como observa un doctor ascético, quien del fervor pasa á la tibieza, y de la tibieza cae en el pecado, es un milagro si se levanta. ¿Quién, que reflexione esto, no se sentirá estimulado á salir cuanto antes de su apatía y pereza?

El segundo medio que se ofrece para sacudir la tibieza espiritual, es el uso de santas meditaciones, hechas no super-

ficialmente y por pura costumbre, sino con espíritu y con deseo sincero de aprovechar. ¿Por qué se ve en el mundo tanto descuido, tanta disipacion y negligencia en servir á Dios? Porque, responde un profeta, apenas hay quien medite ni reflexione en su corazon: *Desolatione desolata est omnis terra: quia nullus est qui recogitet corde*¹. Así que, si vosotros queis que vuestro espíritu se encienda en santos deseos, y prenda en vuestro corazon un fuego celestial que os haga correr ligeros por el camino de la perfeccion, daos á la santa práctica de meditar; y pronto experimentaréis, como David, que desaparece la tibieza, y vienen á reemplazarla la devocion y el fervor: *Concaluit cor meum intra me: et in meditatione mea exardescet ignis*².

Pero el medio mas seguro y eficaz para salir de la tibieza, es quitar las causas que la han producido. Estas causas pueden haber sido muchas, pero es probable que habrá mediado alguna de estas tres, ó tal vez todas tres juntas: la demasiada aplicacion á los negocios temporales, el roce y trato con gente relajada, y el temperamento flemático de vosotros mismos. Si vuestra tibieza proviene de demasiada aplicacion á las cosas terrenas, prescindid un tanto de ellas, acordándoos que lo primero y mas esencial de todo es buscar el reino de Dios: *Quærite ergo primum regnum Dei*³. Si proviene del roce y trato con gente disipada, apartaos de su compañía y precaveos de sus ejemplos, practicando aquel documento del Espíritu Santo: No sigas á la muchedumbre para obrar el mal: *Non sequeris turbam ad faciendum malum*⁴. Si proviene de vuestro carácter flemático y perezoso, tened presente que Jesucristo dice, que el reino del cielo se consigue á fuerza de

¹ Jerem. XII, 11. — ² Psalm. XXXVIII, 4. — ³ Matth. VI, 33.
⁴ Exod. XXIII, 2.

trabajo y violencia : *Regnum cælorum vim patitur ; et violenti rapiunt illud* ¹. Quitadas estas causas de vuestra tibieza , os será fácil, muy fácil, servir á Dios con fervor, correr de virtud en virtud , y llegar felizmente á un grado de gloria muy alto. Amen.

¹ Matth. XI, 12.

**DOMINGO DÉCIMONONO DESPUES
DE PENTECOSTES.**

Todo el evangelio de este domingo se reduce á una parábola que Jesucristo refirió á los escribas y fariseos , en la cual parece no tuvo otro objeto que demostrarles de un modo patente el dogma inconcuso del infierno. Como este dogma , tal como lo enseña la verdadera fe , ha encontrado siempre una fuerte oposicion en el mundo , porque es el que mas mortifica las pasiones ; y como nunca han faltado espíritus protervos que lo han negado descaradamente , de los cuales es de presumir habria algunos entre los escribas y fariseos , por esto el Salvador trató de enseñárselo en tal forma , que no les quedase acerca de él la menor duda. ¿Qué se quiere mas claro en prueba de esta verdad , que las palabras que Jesucristo supone haber dicho un rey á sus ministros : *Ligatis manibus , et pedibus ejus , mittite eum in tenebras exteriores ?* ¿Puédese establecer este dogma en términos mas evidentes ? Pero , no obstante que la existencia de un infierno viene tan formalmente sentada por Jesucristo en este y otros cien lugares del Evangelio , nunca han faltado , y hoy menos que nunca faltan , genios indóciles y refractarios que la combaten desatinadamente , aduciendo contra ella cuantos sofismas , reparos y cavilaciones es capaz de inventar la razon humana aguzada de las pasiones. De aquí resulta , que hoy dia ya no basta proponer simplemente al pueblo el gran dogma de infierno ; es menester probárselo , hacérselo evidente , y reducir